

Reviews

Nuevos fantasmas recorren México. Lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI. Por Carolyn Wolfenzon. Iberoamericana -Vervuert, 2020. 338 páginas.

La presencia de los fantasmas y los espectros del pasado es constante en la literatura mexicana desde el siglo XIX. Es posible identificar las varias iteraciones de lo fantasmal en el Cuahtémoc mesiánico y moralista que retorna en el sueño de Rodríguez Galván en *La profecía de Guatimoc* (1839) o en *La amada inmóvil* (1912) que vuelve en los poemas de Nervo, por ejemplo.

En su libro, Wolfenzon toma tres obras vigesémicas como punto de partida para preguntarse por las nuevas formas que toman los fantasmas y el retorno de lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI: *La noche* (1943) de Francisto Tario, *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo y *Aura* (1962) de Carlos Fuentes. Sin embargo, más que proponer la trayectoria de una tradición muchas veces olvidada, Wolfenzon atiende las peculiaridades de las obras del siglo que corre.

A lo largo de seis capítulos críticos, una introducción conceptual y conclusiones generales, la autora revisa un número dispar de autores, autoras y obras. Cuatro capítulos están dedicados a autores individuales —a veces con una o dos obras—; otros dos capítulos están dedicados a dos autores cada uno, con una obra respectivamente. La explicación de esta división no es explícita ni tampoco puede deducirse enteramente de la organización de la monografía. Sin embargo, no resulta difícil reconocer que detrás de todos los capítulos hay una red de temas y enfoques comunes que, pese a estas diferencias, constituye un programa de lectura y crítica de las obras.

El primer capítulo sienta las bases teóricas y conceptuales para el resto del trabajo. Para ello, la autora recurre a un conjunto de obras señeras que durante la última década han marcado las discusiones sobre la dimensión espectral de la cultura de la memoria y la crisis del tiempo contemporáneo. A este respecto, la inclusión de Derrida y su *hauntologie* es casi obligada; sin embargo, en los análisis de las obras no parece que esta haya tenido una consecuencia mayor. Mucho más relevantes son las ideas sobre lo fantasmal como el retorno de la memoria reprimida en las sociedades modernas (como expresiones reivindicatorias o como síntomas de antagonismos sociales no explícitos); por ejemplo, las obras de Gordon (1997), Keller (2016) y el *reader* de Blanco y Peeren (2013). A partir de ellas, la autora propone que el fantasma opera en su libro como un “dispositivo hermenéutico” (27) que permite leer las obras como entidades artísticamente individuales que al mismo tiempo participan de preocupaciones sociales comunes.

A lo largo del libro es posible identificar dos grandes tendencias de la relación entre lo fantasmal y la realidad social y política

dispuesta en las obras. Una es el retorno del pasado de un modo violento como consecuencia del olvido al que el presente pretende relegarlo. El segundo es la aparición de cuerpos y comunidades obliteradas por el sistema político y económico que aparecen de manera central en las obras. Ambas tendencias cruzan todo el corpus sin que se privilegie una más que otra, lo que permite que los capítulos se configuren como unidad al tiempo que profundizan en lecturas individuales.

El capítulo 1 está dedicado a la obra de Guadalupe Nettel, en particular, sus novelas breves. Estas se caracterizan por la extrañeza corporal y anímica de los personajes, su manera descolocada de estar en el mundo es leída por Wolfenzon como el umbral por el que se asoman un mundo colectivo atávico o mundos singulares de personajes marginados, que alteran sin transformar el mundo contemporáneo.

En el capítulo 2 se analiza la primera novela de Valeria Luiselli en la que la narradora y el escritor mexicano Gilberto Owen lentamente intercambian tiempos y espacios. Esta confusión temporal es leída de manera literal y alegórica por Wolfenzon. En la primera, se trata del “afantasmamiento” de la narradora y la materialización del fantasma de Owen; en la segunda, del síntoma de las relaciones desiguales entre la cultura latinoamericana como una periferia de la modernidad neoyorquina.

El capítulo 3 lee de manera paralela la novela *Las tierras arrasadas* de Emiliano Monge y *Señales que precederán al fin del mundo* de Yuri Herrera. Ambas novelas narran el periplo de los personajes a través del territorio mexicano. La dimensión fantasmal de los migrantes, víctimas de la violencia estructural que cruza tiempos, es el centro del análisis. También el retorno del pasado literario. La novela de Monge reescribe la *Comedia* de Dante, mientras que la de Herrera tiene una fuerte relación intertextual con los mitos prehispánicos.

El retorno literario es el eje del capítulo 4, dedicado a dos reescrituras de *Pedro Páramo*: *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* de Daniel Sada y *Cóbraselo caro* de Élmer Mendoza. A partir del concepto de fantasma textual de Michael Charles, Wolfenzon explora la intertextualidad como un procedimiento que no sólo actualiza la obra, sino que convierte la novela de Rulfo en un espectro fundacional que hace de la ficción el centro del archivo latinoamericano.

El capítulo 5 analiza dos obras de Julián Herbert, *Canción de tumba* y *La casa del dolor ajeno*. En la primera, se lee la agonía de la madre del autor en clave alegórica, como la representación de la caída del régimen posrevolucionario y los fracasos de las utopías del siglo XX. En un sentido inverso, la segunda novela es leída como la excavación que trae a la superficie la violencia xenofóbica sobre la que se fundó la modernidad cuya crisis se expresa en *Canción de tumba*, y que persiste en el México contemporáneo.

Finalmente, el capítulo 6 analiza la obra de Carmen Boullosa

como una denuncia en la que la presencia fantasmal de sujetos marginados, en este caso, las escritoras latinoamericanas, hace visibles las estructuras de opresión y desigualdad. Que la novela haga referencias a imágenes espectaculares que sustituyen la materialidad de la frontera entre México y Estados Unidos permite que Wolfenzon vincule la novela con la reflexión sobre el simulacro—espectro al fin y al cabo—como la forma de la condición posmoderna.

Como dispositivo de interpretación, una de las mayores virtudes del libro es la producción crítica de un corpus de obras. Si bien la pertenencia de las obras al campo literario mexicano es

el primer valor para seleccionarlas, las lecturas que se hacen de ellas permiten identificar tendencias, claves simbólicas comunes y relaciones problemáticas con la realidad social a la que responden. El libro de Wolfenzon no pretende ofrecer un panorama, sin embargo, la diversidad de obras y registros permite que quien lo lea conozca algunas de las obras señeras de la literatura mexicana contemporánea desde una perspectiva que conecta con el pasado, pero atiende las particularidades del presente.

Roberto Cruz-Arzabal
Universidad Veracruzana